

LA INFLUENCIA DE LA TRADICION HISPANO-CATOLICA SOBRE LAS PAUTAS DE COMPORTAMIENTO SOCIOPOLITICO EN BOLIVIA

Por H. C. F. MANSILLA

En el área latinoamericana se ha discutido intensamente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en torno a los caracteres específicos de los diferentes tipos de colonización europea y a los resultados divergentes para el desarrollo a largo plazo que se desprenden de la diversidad de los sistemas que las metrópolis europeas implantaron en los países del ahora llamado Tercer Mundo. Esta actividad trae consigo un cuestionamiento crítico del pasado colonial y, por ende, un valoramiento distinto —aunque muchas veces inconsciente— del mismo. El punto de partida obvio es la evolución totalmente diferente entre aquellos territorios sometidos a los imperios ibero-católicos y los emergentes del ámbito británico y protestante.

En el siglo XIX, y bajo la influencia de las corrientes liberales y positivistas, predominaba, sobre todo en los grupos ilustrados, un claro rechazo de la herencia hispano-católica, considerada, en líneas generales, como negativa y hasta profundamente retrógrada. En 1910, Franz Tamayo escribía: «Tenemos que librar la última batalla de la independencia y destruir definitivamente el *espectro español* que aún domina en nuestra historia» (1). El legado colonial español era asociado con la *leyenda negra*, el oscurantismo, la intolerancia y el absolutismo, pero también con la ineficiencia administrativa, el atraso tecnológico y el desprecio por las ciencias.

Como reacción a esta tendencia han surgido en los últimos decenios im-

(1) Citado en GUILLERMO FRANCOVICH: «El espectro español», en *Los mitos profundos de Bolivia*, La Paz, Amigos del Libro, 1980, pág. 117. Francovich tematiza en este ensayo toda esa larga polémica.

portantes corrientes de opinión e investigación que tratan de *recuperar* la herencia hispano-católica para lograr una visión simultáneamente más veraz y más completa de la historia latinoamericana y de sus múltiples factores constitutivos. El valor de estos esfuerzos en los campos de la literatura y el arte es indiscutible (2), pero la cuestión toma otro cariz, claramente ideológico y nada desinteresado, en los terrenos de la historia social y económica.

A este respecto existe una paradójica similitud entre posiciones profundamente conservadoras, que se sienten naturalmente inclinadas a la apología del legado sociocultural y religioso de la era colonial, y líneas de pensamiento izquierdista dedicadas, en el fondo, a desacreditar la tradición liberal, democrática y antiabsolutista, que evidentemente tiene sus orígenes y sus representantes más connotados en las áreas culturales francesa y británica. Se trata, en última instancia, de un intento de sustentar intelectualmente las prácticas autoritarias y hasta totalitarias que rigen en los regímenes socialistas del Tercer Mundo y de cohonestar la continuada validez de pautas iliberales y antidemocráticas dentro de grupos, partidos y movimientos de carácter izquierdista y marxista en todo el área latinoamericana, pautas que bajo un delgado barniz de progresismo perpetúan una herencia de irracionalismo, caudillismo y esterilidad intelectual.

La reevaluación positiva del legado ibero-católico, el renacimiento del folklore y la apología de algunos regímenes dictatoriales del siglo XIX conforman igualmente momentos recurrentes de las ideologías revolucionarias contemporáneas de tinte marxista-criollo: la teoría latinoamericana de la dependencia se declara favorable a los gobiernos de Rosas en la Argentina o Francia y López en el Paraguay, los que en la primera mitad del siglo XIX trataron de inducir un proceso de industrialización autónomo con fuerte participación estatal, abolición del libre comercio y aislamiento del exterior, pero que al mismo tiempo reforzaban las consuetudinarias prácticas represivas, fomentaban el desarrollo de un aparato burocrático centralizador y absorbente y apoyaban abiertamente la validez de normas sociales represivas provenientes de la era colonial. La teoría de la dependencia y corrientes afines proclaman que aquellos sistemas tiránicos pero con pretensiones industrializantes eran y son la respuesta adecuada a la tradición liberal-democrática, identificada ahora con el estancamiento económico, la decadencia cultural y la imitación poco exitosa de Occidente; en realidad, estos esfuerzos teóricos se limitan, de manera poco original, a hacer la apología del tota-

(2) Cfr., a este respecto, G. FRANCOVICH: «La recuperación de la colonia», en G. FRANCOVICH: *op. cit.*, págs. 125-137, donde el autor recapitula la obra de José de Mesa y Teresa Gisbert para una nueva valoración de las manifestaciones artísticas en la etapa colonial española correspondiente al actual territorio boliviano.

litarismo moderno en el Tercer Mundo, que mediante la abolición de las libertades políticas y los derechos ciudadanos, la introducción de un sistema colectivista y coercitivo, la expansión permanente de las funciones estatales y mediante una modernización decretada desde arriba y llevada a cabo a marchas forzadas trata, en el fondo, de imitar también los parámetros de la civilización industrial.

Este intento de modernización técnico-industrial y de regresión cultural-política tiene notables raíces —aún poco estudiadas— en la tradición ibero-católica. En contraposición a las teorías algo ingenuas del progreso permanente, predominantes en el siglo XIX, se puede aseverar que la mencionada modernización *no* irradia necesariamente efectos correspondientes en otras áreas de la actividad humana: altos hornos y plantas laminadoras pueden coexistir perfectamente con sistemas políticos, culturales e ideológicos que parecen provenir directamente de los siglos más oscuros de la Edad Media.

La persistencia de pautas colectivas de comportamiento de carácter tradicionalista y muchas veces irracional es uno de los factores primordiales que han influido el desarrollo ulterior de los países latinoamericanos y que tienen todavía resonancia social nada desdeñable en Bolivia. (Un análisis de los aspectos sociopsicológicos de la problemática histórica no reemplaza un estudio de los múltiples fenómenos de orden económico, sino que complementa y enriquece los enfoques más o menos convencionales de la sociología y las ciencias económicas, especialmente en vista de la inadecuación y la inutilidad de aquellos teoremas que tratan simplemente de «derivar» la explicación de asuntos políticos, institucionales, ideológicos y éticos a partir de una presunta «base» económico-técnica y de ciertos «modos de producción». El comportamiento político de hombres y grupos está determinado sólo en proporción reducida por consideraciones derivadas de procesos y necesidades económicas; en el *modelo marxista*, además, tiene cabida únicamente el plano racional-consciente. En Bolivia, sin embargo, tanto las decisiones como las normas de comportamiento se nutren de las fuentes del preconscious colectivo, de la existencia de extendidos prejuicios sociales y de la pervivencia de principios atávicos, que se entremezclan con las racionalizaciones habituales derivadas de la vida económica, dando como resultado un cuadro muy complejo de las actitudes sociopolíticas, que no puede ser interpretado mediante las categorías reduccionistas tan en boga en los medios de la izquierda boliviana.

El caso boliviano presenta tantas incongruencias y sorpresas, las cuales emergen a la superficie en épocas de crisis y desórdenes, que sólo un estudio multidisciplinario podría esclarecer su complicada dinámica social, donde se combinan las controversias habituales entre las diversas corrientes políti-

cas con las metas del preconsciente colectivo y con las ansias más irracionales de los individuos involucrados en los procesos políticos.

En forma de hipótesis provisoria puede aseverarse que la evolución histórica boliviana, medida por los usuales parámetros del progreso metropolitano, ha sido frenada y entorpecida por pautas generales de comportamiento de origen tradicionalista y de contenido irracional, las que denotan tres raíces: la herencia precolombina, la tradición hispano-católica y la recepción meramente instrumentalista de la cultura metropolitana occidental.

Aún no existe un estudio exhaustivo y empíricamente asegurado acerca de los criterios y valores de orientación que prevalecen en las comunidades indígenas del país. Si bien la organización tradicional de éstas contiene aspectos originales y antropológicamente interesantes, parece que no han desarrollado modelos democráticos de solución de conflictos y de discusión de alternativas que vayan más allá de límites regionales muy estrechos y de problemas elementales de la vida cotidiana, conservando más bien formas jerárquicas de estructuración social y parámetros autoritarios de socialización. La tradición incaica, por lo menos, no conoció procesos decisorios con participación de las bases ni ningún mecanismo que permitiese la articulación institucionalizada de los intereses de los estratos inferiores y minorías de todo tipo.

El ordenamiento social se basaba en la obediencia de los de abajo y en el derecho casi ilimitado a mandar de los de arriba. Esto no quiere decir, evidentemente, que no hayan existido monarcas esclarecidos y épocas relativamente libres del despotismo oficial, pero el régimen era, en su esencia, absolutista, tal como es su herencia hasta nuestros días.

A esta tradición se sobrepuso el modelo dominacional hispano-católico (3), que no desplazó del todo las normas indígenas y hasta enfatizó algunos de sus componentes. En el universo europeo, España no se destacó nunca por un espíritu liberal, por la creación de organismos políticos de representación popular o por innovaciones en el campo del pensamiento sociopolítico. A una tradición autoritaria le siguió otra con elementos francamente totalitarios, sancionados y justificados mediante el instrumento de una religiosidad intolerante, que permeaba todos los aspectos de la vida civil y cuyas consecuencias han permanecido en vigor hasta hoy dentro de las diversas facetas de la mentalidad colectiva boliviana.

Uno de los rasgos más notables de la herencia hispano-católica es la propensión al irracionalismo. Criterios racionales —como ser la adecuación de

(3) HOWARD J. WIARDA (ed.): *Politics and Social Change in Latin America. The Distinct Tradition*, Amherst, Massachussets Univ. Press, 1974.

los medios a los fines— no son predominantes ni en la actuación social ni en el debate político, donde aún es decisiva la invocación de las pasiones, los prejuicios y hasta de los instintos. Más aún: las connotaciones emotivas, la reiteración de las «místicas» revolucionarias o nacionales y el énfasis en los sentimientos tienen un carácter visto como muy positivo por la inmensa mayoría de la comunidad boliviana —y unos efectos prácticos correspondientes—. Casi todos los discursos de los dirigentes políticos y el estilo general del debate público se basan ciertamente en imágenes y figuras referidas al nivel sentimental y a las capas prelógicas de la conciencia; en esto no se pueden advertir diferencias básicas entre reaccionarios y revolucionarios. A ambos les falta la argumentación fundamentada en datos empíricamente verificables, sostenida por una concatenación racional de los enunciados y presentada a la opinión pública como una alternativa de valor relativo y, por tanto, discutible. La verdad no surge del sopesar analítico de varias posibilidades, sino que es el bien que siempre ha poseído el líder o el partido que tiene la palabra. No se trata, consiguientemente, de convencer a los otros por el mejor raciocinio, sino de imponerles demagógicamente el camino y la solución «correctos».

Otra característica de esta tradición es el activismo: la tendencia a sobrevalorar la acción por la acción y a considerar la reflexión teórica como su mero ornamento contingente. Guerrilleros de izquierda y golpistas de derecha emprenden en todo caso la operación y luego —tal vez— piensan en su alcance y en sus consecuencias (4).

Tampoco se puede pasar por alto el machismo y el caudillismo, frutos de la tradición ibérica que en el Nuevo Mundo han florecido con inusitado vigor. El menosprecio de la mujer es sólo un aspecto de una actitud más amplia que denigra a aquellos que supuestamente son débiles y que se desvían de la norma establecida; es, en el fondo, la negativa a aceptar posiciones divergentes, la exaltación de un dominio irrestricto pero sencillo y el anhelo de ejercer la potestad aunque sea dentro de la estrechez familiar. La fuerza del caudillismo ha residido en la abolición de instancias intermedias, propias de la democracia representativa, situadas entre el poder central y la mayoría de la población, y en la posibilidad de identificación que ofrece la

(4) La violencia física ha sido elevada a la categoría de «vitalidad», prueba de «virilidad» y encarnación de la autoconciencia latinoamericana. Cfr. ORLANDO FALS BORDA: *Las revoluciones inconclusas en América Latina, 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968, págs. 49 y sigs. y 57; Leopoldo Zea, famoso ideólogo de la autenticidad latinoamericana, considera a figuras como Ernesto «Che» Guevara o Camilo Torres como arquetipos filosóficos positivos. Cfr. LEOPOLDO ZEA: *La filosofía americana como filosofía sin más*, México, Siglo XXI, 1978, págs. 130 y 160.

figura del gobernante fuerte y absoluto a la masa de súbditos de espíritu gregario e individualidad débil. Los resultados del caudillismo han sido la obstaculización del pluralismo democrático y la falta de respeto a los derechos ciudadanos (5).

Otros elementos de esta herencia son la tendencia al estatismo y la proclividad al burocratismo. Contrariamente a la tradición británica y a otras, España legó un Estado poderoso, centralizador y absorbente, al que corresponden organismos provinciales y municipales sin legitimidad propia (sino derivada del gobierno central), sin autonomía y sin peso en la vida política de la nación. Por otra parte, no se ha podido desarrollar una tradición de iniciativas eficientes a nivel de comunas y grupos: todo se lo espera del gobierno central, desde la construcción de caminos hasta la ayuda en caso de inundaciones, y de todas las calamidades se lo culpa a él, como si el Estado fuese responsable por todo el acontecer dentro de un país (6).

La burocracia se distingue tanto por su amplitud como por su ineficacia: innecesariamente engloba y «regula» innumerables actos de la vida social, dificultando las faenas diarias y alimentando una casta de funcionarios inútiles y arrogantes. La tradición burocrática está, empero, profundamente arraigada en la mentalidad boliviana: los más diversos gobiernos han competido por crear más instancias administrativas y más trámites, mientras que a ningún partido se le ha ocurrido como postulado programático la reducción del fenómeno burocrático. Que ambos procesos no sucedan con plena conciencia, sino más bien como asuntos obvios, muestran hasta qué grado se ha internalizado colectivamente los valores de esa lamentable tradición.

La tradición hispánica no ha sido proclive, como la británica, a un aparato estatal relativamente reducido y eficiente, encargado principalmente de la preservación del orden interno y alejado de la actividad económica y empresarial, sino al crecimiento incesante de un Estado que interviene en todos los terrenos de la vida humana. La burocratización y la ineficacia proverbial de la ya inflada administración pública se refleja igualmente en las empresas pertenecientes a la órbita estatal, las cuales deben ser mantenidas general-

(5) PETER WALDMANN: «Caudillismo als konstante der politischen kultur lateinamerikas?» (= ¿El caudillismo como constante en la cultura política latinoamericana?), en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, vol. 15, 1978, págs. 191-208.

(6) Una conocida apologeta del socialismo cubano sostiene que el ciudadano debe esperar todo del Estado: lo razonable en la Revolución cubana habría sido la eliminación del espíritu individual de iniciativa y su reemplazo por la actividad del aparato administrativo. Cfr. MARTA HARNECKER (ed.): *Cuba: ¿dictadura o democracia?*, México, Siglo XXI, 1975, págs. 25 y sigs.

mente con fondos públicos a causa de su gestión casi permanentemente deficitaria.

Los sectores políticamente conservadores nunca han visto con buenos ojos a un aparato estatal restringido económicamente y sometido sin excepción a un ordenamiento constitucional y jurídico que limite las prerrogativas de los funcionarios; aquellos sectores presuponen más bien una dignidad ontológica superior para el Estado en detrimento de los «meros» individuos. Esta línea es compartida plenamente por casi todas las corrientes de izquierda, las que, en la tradición hegeliano-marxista, consideran la expansión del Estado como la «condición razonable y necesaria» del desarrollo del país respectivo, tanto para la preservación de su autonomía en el contexto internacional como para «profundizar el proceso democrático» (7).

Aunque por distintas razones, grupos conservadores y revolucionarios son partidarios de la expansión de las funciones estatales y del cercenamiento de la iniciativa privada, ya que ambos «derivan» sus privilegios (desde poder político hasta ventajas financieras pasando por la adquisición de un *status* social elitista) de la existencia de un aparato estatal económicamente amplio y técnicamente caótico. La pervivencia del legado español ha producido diversas formas de regímenes burocrático-autoritarios (8).

Finalmente hay que mencionar la pervivencia de ciertas normas sociales que rebasan también las fronteras de los diferentes estratos y que afectan la vida cotidiana en las ciudades: la inclinación a sobreestimar las apariencias en detrimento del ser y la dicotomía entre el nivel verbal y el real. De acuerdo a viejos cánones hispánicos, no explicitados teóricamente, pero de total validez en la praxis, el valor de una persona o un grupo no residen en sus cualidades intrínsecas, sino en sus manifestaciones externas y, sobre todo, en el dictamen de la opinión pública local. Un trabajo honrado pero silencioso es visto como inmensamente inferior al éxito público, pero de dudoso origen. Su fundamento no importa gran cosa, pues la mentalidad colectiva tiene mala memoria y se deja guiar por fenómenos superficiales tales como la moda del día, el renombre pasajero y la fortuna adquirida fugazmente. A esta concep-

(7) MARCOS KAPLÁN: «El *Leviatán* criollo: estatismo y sociedad en la América Latina contemporánea», en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 40, núm. 3, julio-septiembre 1978, págs. 818-829.

(8) GUILLERMO A. O'DONNELL: *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism*, Berkeley, California Univ. Press, 1973; ID.: «Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario», en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, núm. 1, enero-marzo 1977, págs. 13 y sigs.; JAMES M. MALLOY (ed.): «Authoritarianism and Corporatism in Latin America: The Modal Pattern», en *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburgh, Pittsburgh Univ. Press, 1977, págs. 3 y sigs.

ción del éxito están dedicados igualmente los esfuerzos de los políticos. Tal exaltación de lo casual y exterior crea la atmósfera ideal para el desenvolvimiento de la hipocresía, la deslealtad y la ambición desmedida. La distancia entre lo que se dice y lo que se hace es el corolario lógico de esta moral deplorable que regula una gran parte de la actividad política. Muchas informaciones no transcurren por canales serios y verificables, sino por medio de la intriga y el rumor. Los criterios políticos se forman, hasta en las más altas esferas, en base a elementos muy ambiguos, empíricamente inseguros y éticamente reprobables.

Naturalmente que influencias modernas han ido conformando asimismo las pautas generales de comportamiento en los últimos tiempos. La modernización de las estructuras económicas y la incipiente industrialización del país han contribuido a introducir normas más racionales, menos emotivas y más cercanas a aquellas que rigen en las sociedades altamente avanzadas. Estos parámetros de comportamiento han florecido, sin embargo, casi exclusivamente en el campo profesional, en el mundo de los negocios y en la esfera de la producción urbano-industrial, pero no se han extendido al terreno de la política y al de los valores sociales prevalecientes (9).

La modernización parcial de signo tecnocrático-instrumentalista es totalmente congruente con represión política y sindical, con el fomento de un consumismo masivo y con el debilitamiento de una identidad individual autónoma y crítica. Estos factores han conducido, por otra parte, a rebajar aún más la estimación colectiva del trabajo honrado —que nunca fue demasiado alta en la tradición ibero-católica— y a enfatizar el alto valor de los enriquecimientos ilícitos. Este desarrollo ha llevado igualmente a diluir más aún la prevalencia de ciertos principios morales, como el respeto a la legalidad, el reconocimiento de los méritos intelectuales y artísticos, la consideración a las minorías, el carácter positivo de la honradez, la laboriosidad, la lealtad y la madurez cívica.

La oposición izquierdista ha persistido en sus cánones del inmediatismo y del activismo a ultranza, sin llegar a alcanzar una decisiva movilización social y sin formular un modelo coherente y realista de alternativa política. Ella también ha dado repetidas muestras de intolerancia, dogmatismo y poca comprensión por una democracia genuina. Su intento principal es el de suplantarlo el régimen conservador de turno por el propio: la inmensa propaganda revolucionaria, las letanías marxistas y las imágenes del cambio social

(9) SAMUEL P. HUNTINGTON/C. H. MOORE (eds.): *Authoritarian Politics in Modern Societies*, Nueva York, Basic Books, 1970 (acerca de la congruencia entre modernización económica y autoritarismo político).

se revelan como el mero ornamento de una contra-élite ávida de alcanzar el poder. Los sucesos de los últimos decenios han demostrado que algunos de sus principales exponentes son los más fieles seguidores de las normas convencionales, fascinados como tales por el poder y sus privilegios. Con algunas y notables excepciones, la oposición de izquierda es esencialmente paternalista, suponiendo que posee la solución adecuada a los problemas nacionales y que es su obligación el imponer la línea «correcta» a las masas de sus seguidores y al país en su conjunto. Finalmente, la gran mayoría de los grupos de izquierda tiene tan poco respeto como la derecha por los procedimientos democráticos; el adversario político no es considerado como el representante válido de otros intereses sociales y de otras concepciones políticas, sino como el enemigo más o menos irreconciliable que encarna ideas perversas y una posición moralmente abyecta.

Fundamentalmente sigue vigente la inmensa importancia de la gratificación pública y del prestigio otorgado por las apariencias en detrimento de valores intrínsecos. La concepción del deber y la estima por el trabajo honrado están totalmente subordinadas a los criterios del prestigio exterior, lo que se advierte de modo claro en la nada casual continuidad del oficio del «político»: los dirigentes no son estadistas que pasan las noches estudiando actas y datos y los días analizando el pro y el contra de las medidas a tomar y que llegan a ejercer funciones importantes después de una larga vida en beneficio de la comunidad, sino son sujetos ávidos de honores rápidos y prestigio fácil, que malgastan su tiempo en «reuniones» y que adquieren rápidamente sus «méritos públicos» en el desempeño mediocre e irresponsable de los más altos cargos. La gratificación social se sigue derivando del usufructo del poder —y no del servicio en el gobierno—, perpetuando posiblemente en las altas esferas a una casta de gente con escasa formación profesional y moralidad ambigua, pero con desproporcionadas ambiciones.

Consiguientemente, el renombre y el atractivo del poder ejecutivo son mucho más grandes que los que irradia el Parlamento. Los legisladores han tenido una opinión implícita no muy elevada del «primer poder del Estado»: lo han considerado como mero puente para cargos ministeriales o como una tribuna para acrecentar su reputación popular.

Esta herencia hispánica se refiere, evidentemente, al conjunto de normas de validez general que imperaron en España hasta mediados del siglo XIX. En los últimos decenios de ese siglo se inició un importante proceso de modernización y occidentalización, el cual, pese a enormes dificultades y retrocesos, ha transformado a España en una sociedad industrializada, comparable a los otros países del mundo metropolitano y occidental. Paradójicamente, es en tierras del Nuevo Mundo donde han pervivido los cánones, las costumbres

y los efectos del legado de la España premoderna. Es aquí donde el funcionario estatal, astuto y sin escrúpulos, ha cosechado más honores y ventajas materiales que el empresario innovador y perseverante y donde aquel rol ha irradiado una atracción muy notable en casi todas las tendencias del espectro político y los estratos sociales.